





**EN EL NOMBRE  
DE LA CRUZ**

**Luis Alberto J. Paz**



LUIS ALBERTO JOSÉ PAZ nació el 22 de marzo de 1945 en la ciudad de Santa Fe y reside actualmente en la ciudad Cipolletti en la provincia patagónica de Río Negro, en la República Argentina.

Ingeniero Industrial, vinculado al sector eléctrico y al gremialismo universitario, transitó por la capacitación y el asesoramiento a emprendedores y municipios en programas estatales de Desarrollo Local.

Retirado de la actividad profesional, y volcado a la actividad literaria, traslada a la investigación de la historia y a la construcción de la ficción que de ella surge el análisis lógico y racional de su formación técnica.

Luis Alberto J. Paz

*A Beatriz, Julieta, Florencia y Marisa*

Luis Alberto J. Paz



# Juguetes de Dios

## Antecedentes

En la primera novela de la saga, **La Sombra del Jabalí**, se relata, desde la visión de un general romano espía del emperador Tiberio, hechos trascendentes para el futuro de la humanidad acaecidos en la provincia romana de Judea en el Siglo I d.C. Estos sucesos, de los cuales la historia solo dispone de copias tardías de originales perdidos atribuidos a autores imprecisos, los llamados Evangelios, son tratados por el autor con la libertad que le concede la literatura de ficción, pero con respeto a los personajes reales y fidelidad al entorno histórico y geográfico que los enmarca.

## Recordatorio

Los primeros cristianos consideraban a la cruz un instrumento de vergüenza y muerte.

Su uso como símbolo cristiano en las iglesias, reemplazando al crismón de Constantino que a su vez había reemplazado al pez de los comienzos, se estableció en la Roma Imperial cerca del año 430 d.C.

Luis Alberto J. Paz

## AB INITIO

**A**vanzado el siglo *XI* la comunidad cristiana de occidente vivía tiempos difíciles. Los dominios del Sacro Imperio se hallaban frente a una encrucijada: la obediencia a la autoridad religiosa de la Iglesia de Roma o la fidelidad al poder secular de los monarcas germánicos.

El conflicto se había iniciado al rechazar Enrique *IV*, emperador del Sacro Imperio, los decretos papales de los años *1073* y *1074*, que retiraban al emperador la potestad de otorgar a laicos investidura de cargos eclesiásticos, rescatando para la Iglesia Romana ese derecho. Como esa medida no fuera impuesta también a los reinos españoles ni francos, tampoco a Inglaterra, el emperador lo entendió como un intento del papa Gregorio *VII* para minar su poder, y estalla la guerra. En el año *1083* invade Italia y depone al Papa Gregorio, que huye de Roma. El germano nombra papa al arzobispo de Italia, Guiberto de Ravena, quien asume como Clemente *III*, y su primer acto pontificio es coronar a Enrique *IV* como emperador en la propia ciudad sagrada.

A la muerte de Gregorio se sucede un año de disputas y anarquía, hasta que asume un papa francés, Urbano *II*, quien cogobernará en el exilio la Iglesia de Occidente hasta el final de sus días, ocurrido en el *1099*, siempre con Clemente *III* instalado en Roma como antipapa.

Urbano resucita el conflicto entre la Iglesia y el Imperio, y en medio de esa pugna de intereses la nobleza feudal y el clero cambian de bando cada vez que las circunstancias lo aconsejan, mientras que los burgueses en sus negocios y el campesinado empeñado en la subsistencia viven ajenos al conflicto.

Pero el mundo no sólo era Europa. En oriente sucedían cosas.

A mediados del siglo *XI* la tribu turca de los Selyúcidas, convertida al Islam, se descolgaba desde el norte. En sucesivas oleadas derrotaban a los califas árabes y a los fatimíes de Egipto, enemigos de religión, y en el año *1071* en la batalla de Mantzikert arrollan a los ejércitos del emperador del Imperio Romano de Oriente, Romano *IV* Diógenes.

Toda la Mesopotamia, Irán, Siria, Palestina y parte de la Anatolia cayeron bajo la espada de los implacables guerreros, y en el *1076* conquistan Jerusalén.

Hasta ese momento el mundo cristiano de occidente no se había angustiado demasiado por la pérdida de los territorios asiáticos del Imperio Romano de Oriente. Más bien lo asumían como un castigo divino por desconocer a la Iglesia Católica Romana, pero además de los bizantinos que veían

desmembrar su imperio, los comerciantes y mercaderes de las ciudades estados de Venecia, Pisa y Génova, perdían por la irrupción de los turcos los acuerdos comerciales y las lucrativas actividades con el mundo musulmán, mientras los reinos normandos del sur de Italia y Sicilia, convertidos en potencia marítima del Mediterráneo, veían crecer un enemigo poderoso.

Mientras tanto, en Europa, los feudos francos eran el único terreno firme en donde el papado, a expensas de la débil corona de los Capétiens, asentaba su dominio. Negociando alianzas y favores con duques y condes más ricos y poderosos que el propio rey, la Iglesia aparecía como única institución organizada para resolver conflictos de intereses, a la vez que jugaba los propios.

Y fue allí, en el país de los francos, donde las terroríficas historias de crueles matanzas a viajeros y peregrinos cristianos, contadas y exageradas por los comerciantes pisaínos, venecianos y genoveses que concurrían a las ferias de Troyes, fueron generando un profundo sentimiento de odio hacia todo lo que fuera musulmán, sin distinguir entre turcos y árabes.

En un principio bardos y juglares cantaban en castillos y casas señoriales las atrocidades que sufrían los cristianos en la Tierra Santa, y no tardó la moda en extenderse a los púlpitos de iglesias y capillas de aldea, plasmando en los espíritus de los jóvenes de la nobleza franca y flamenca ardientes deseos de venganza. Y así llegó el día en que toda Europa se santiguaba ante la sola mención de la palabra musulmán, delineando una novedosa unidad cultural y espiritual a partir del sentimiento de rechazo ante el enemigo común: el Islam. Y entonces la Iglesia seducida por el novedoso fenómeno, desde Cluny, el poderoso monasterio benedictino enclavado en el corazón de Borgoña, se pone a la cabeza y comienza su prédica.

Feudos francos, reinos itálicos, posesiones normandas del sur y del norte y hasta comarcas del Sacro Imperio, ignorando el viejo conflicto de las investiduras, ven desfilar emisarios papales con la consigna revelada como nueva Verdad: el Islam materializa la bestialidad del diablo.

Y así fue como, avanzado el año 1095, en el aire flotaba la certeza de que estaba por suceder algo que podría cambiar el rumbo de la historia. Y es aquí donde comienza la nuestra.

# PRIMERA PARTE

Luis Alberto J. Paz

## I

**Reino de Francia****Payns. Condado de Champagne****Fines de otoño del año 1095**

**E**l mes de diciembre del año 1095 había llegado a la comarca suavemente ondulada del valle del Sena, en la región central del condado de Champagne, con temperaturas muy bajas y persistentes lluvias, anticipos de un invierno crudo.

El pequeño caserío de Payns, aldea agrícola del señorío de Montigny-Lapese, a orillas del río, no ofrecía a la vista nada distinto a los bucólicos atardeceres de esa época del año, excepto por la pertinaz llovizna que se descargaba sobre la región desde hacía varios días.

Los bosques de hayas y robles pintaban de ocres y rojos las colinas hasta donde la bruma permitía ver, y los viñedos, desprovistos de follaje, cubrían de un triste marrón grisáceo los faldeos dejando para los collados y valles bajos más húmedos pasturas amarillentas.

El camino real que bordeaba la margen sur del Sena y llegaba hasta la ciudad fortificada de París, capital del reino de Francia a 24 leguas de Payns, era un lodazal solo transitable a caballo, y el camino a Troyes, centro comercial de la región y cabecera del condado, que se encontraba a 2 leguas hacia el sureste siguiendo el curso del río, no estaba en mejores condiciones.

Se podía decir que en esa fría y lluviosa tarde del mes de diciembre la residencia del señor de Montigny-Lapese, al que todos conocían por Payns, estaba aislada del mundo.

La sala de recepción, usada en ocasiones como comedor, estaba caldeada por poderosos leños que ardían en el hogar esculpido en el ancho muro de piedras grises que daba al exterior. Las llamas aportaban ondulantes resplandores rojizos, y los candiles a mecha, en el aro de hierro que pendía del techo, encendidos bastante antes del ocaso para anticiparse a la oscuridad, dejaban escapar un cálido olorillo a aceite quemado.

Los tapices con imágenes de batallas, que cubrían las paredes, aportaban un colorido toque normando y desde el ventanal vidriado, rematado en arco

redondo enmarcado por pesadas cortinas azules con flecos plateados, se tenía una amplia visión de la campiña que se extendía hasta la costa del río. Mirando hacia la izquierda podía verse un bloque de construcciones de madera, destinadas a la conservación de granos y establos para el ganado con techos a dos aguas para aliviar el peso de la nieve; y un poco más lejos, donde el terreno se elevaba en suaves altozanos, un montecito de castaños mostraba sus hojas entre dorados y bermellones.

Al fondo, envuelto en el gris opaco del lluvioso atardecer, se recortaba en el horizonte y sobre la vera del río, el cerco de piedras oscuras que marcaba el límite del señorío de Payns, y casi oculto por la bruma, que por momentos se convertía en una fina llovizna, se disolvía del otro lado del río y hacia el este el bosque raleado de follaje que tapizaba las primeras elevaciones de la meseta de Langres. La humedad que se condensaba sobre el vidrio decía que afuera el aire estaba muy frío, y que sería preciso mantener toda la noche el hogar encendido.

El agradable ambiente era compartido por cinco hombres muy jóvenes, de indudable pertenencia a las clases nobles y acaudaladas.

Tres de ellos estaban sentados en bancos alrededor de una gran mesa central de roble, de corte recto y austero, mientras los otros dos descansaban, reclinados sobre mullidos almohadones en sendos divanes con cabeceras de bronce y patas terminadas en garras de león, ubicados contra la pared a cada lado del hogar. La espesa alfombra de lana, que representaba una escena de caza del jabalí, aislaba del frío del embaldosado.

La espera se había hecho larga y tediosa, y cada uno rumiaba sus propios pensamientos entre el fastidio, la impaciencia y el aburrimiento. Corría el 4 de diciembre. Días atrás el grupo se había convocado en los dominios de Payns y, a causa del temporal, llevaban a cuestras cinco de enclaustramiento en la residencia señorial. Las noticias que esperaban, que podría significar un cambio profundo en sus vidas, se estaba demorando más de lo previsto.

- Esta larga espera no debe ser motivo de preocupación, amigos míos. Ya sabemos que los encuentros entre clérigos se prestan para largas e improductivas discusiones... Lo que en verdad me produce angustia es no poder cabalgar, tensar el arco para ensartar a alguna cierva, o lancear a un jabalí joven entre las marañas y marismas del bosque. ¡Qué tiempo, Dios mío, qué tiempo infame, seguramente invento del diablo! ¡Y yo que me quejaba de la bruma de Caláis!

El que había roto el silencio era un joven de unos veinte años, fornido, de larga cabellera rubia y barba recortada que le hacía aún más agresivo el mentón cuadrado. Grandes orejas enmarcaban un rostro agradable dominado



por la prominente y recta nariz. Era el único que usaba barba.

Ante la indiferencia de los otros se levantó de su asiento en la cabecera de la enorme mesa y, con paso cansino, enfiló hacia el ventanal. Por décima vez en ese día alentaba la remota esperanza de ver un mísero reflejo purpúreo en el cielo crepuscular.

- Mi querido Godofredo de Saint Omer -dijo desde el diván más cercano al hogar un mozo con algún año más de edad, de cara sonrosada y rasurada, pelo rojizo cortado con taza a la altura de las orejas y algo excedido en peso-, me cuesta creer que en circunstancias tan dramáticas para nuestras vidas todo lo que se os ocurre lamentar sea no poder salir de caza. ¡Vaya con vosotros los normandos... aunque sólo lo seáis por adopción ya que por las orejas diría que sois un burro celta! ¿Es vuestra única ambición en la vida llevar un arma en la mano y un casco en la testa? ¿Nunca osasteis empuñar un libro, amigo mío? ¡Válgame Dios si vosotros sois el futuro del mundo, como dice vuestro duque..!

Arrellanándose en los almohadones cerró los ojos para seguir dormitando mientras un corrillo de risitas apagadas le acariciaba los oídos.

Godofredo, de cara al ventanal con la vista perdida en el paisaje gris, había escuchado impasible con los pulgares metidos debajo del ancho cinto de cuero. Al cabo de un rato giró la cabeza buscando por sobre el hombro al que había hablado.

- Maese Pierre du Guesclin -dijo con solemnidad exagerada-, admiro vuestro ingenio, pero creo que os valdría ir olvidando los succulentos jamones, los panes de centeno, los quesos picantes de oveja y el coñac del Loira y empecéis a pensar un poco más en achicar vuestra barriga y en aprender algo de las artes de la guerra para satisfacer a vuestro tío, ese que os mantiene. Y si por esas cosas la mente se os aclara y optáis por hacer algo para conservar la existencia ante los peligros que se avecinan, me ofrezco como instructor de espada, aunque viendo el paño doy fe que va a ser tarea difícil hasta para un experto soldado normando de orejas galesas... nacido en Arras de padres flamencos como yo.

Sonoras carcajadas y algunos aplausos festejaron la ocurrencia, pero el joven Pierre rehusó el combate y se arrellanó mejor entre los almohadones luego de un gesto displicente. El sobrino preferido del conde Esteban de Blois, uno de los señores feudales más ricos y poderosos de Francia, señor de la Región central del valle del Loira desde Orleáns a Tours, vasallo de la corona francesa unido en afecto e intereses con el papa francés, esta vez no presentaría batalla.

- Creo que ésta será otra jornada que terminará sin noticias, los caminos

deben estar imposibles –dijo desde el otro extremo de la mesa, luego de un corto y embarazoso silencio, el que aparentaba tener mayor edad–. Vale que vayamos pensando en la cena que madame Margueritte nos ha preparado, rogando en la oración nocturna para que el día de mañana pare la lluvia y termine con este encierro.

Vestía informalmente, con la ropa propia de alguien que está en su propia casa. En lugar de las botas hasta media pierna y puntera aguda que calzaban los otros, tenía enfundados los pies en unas babuchas de paño verde.

– Amigos míos, no desesperéis –continuó en tono amistoso al ver las caras largas–, todo llega en la vida. Estos días de espera serán nada comparados con los años de sacrificios que tendréis por delante, si todo va de acuerdo a nuestros deseos y el Altísimo nos lo concede. Tomadlo como prueba para vuestros espíritus, que seguramente no os faltará ocasión de recordar con nostalgia el ocio y la comodidad que disfrutáis por estos días.

Guiscard de Paganis, primogénito del dueño de casa y encargado de atender a los visitantes, era un joven brillante. Sus conocimientos de leyes adquiridos en París, y el sentido común con que sustentaba sus opiniones, le habían permitido ganarse el respeto de los demás. Sus palabras eran escuchadas con atención aunque en esas circunstancias era natural que de poco sirviesen.

En el segundo diván, ubicado más lejos del hogar, un joven de aspecto refinado que había pasado gran parte de la tarde dormitando estirado a todo lo largo, se incorporó trabajosamente. Luego de distender aparatosamente las articulaciones de los brazos y del cuello se volvió hacia Guiscard.

– Comparto lo que habéis dicho –dijo con marcado acento flamenco–, pero si no os ofendéis yo le agregaría otro pedido al Altísimo...

Todos le miraron con curiosidad mientras terminaba de sentarse.

– Desde que se terminó la carne de las perdices y el venado cazado por Godofredo, y el jamón del Loira que trajo Pierre... los guisados de verduras, legumbres y huevos poché que nos regala todas las noches vuestra ama de cocina, la dama Margueritte, amigo mío, solo son pasables gracias al odre de vino perfumado que ha traído el Borgoñés... y mi pedido es que cuando se acabe vuestro padre nos deje a mano las llaves de la bodega.

Mientras otra vez la risa fácil llenaba la sala el flamenco se puso de pie mirando hacia la mesa donde estaba sentado un joven de aspecto distinguido, enfrascado en la lectura de un voluminoso tomo encuadernado en cuero rojo. El joven había levantado la vista del libro y le sonreía amistosamente.

Roberto de Croan, el Borgoñés, era nacido en una pequeña aldea fortificada del norte del ducado de Borgoña. Por generaciones su familia había sido

determinante en la oposición a los intentos de incorporar su territorio al reino de Borgoña, o de Arlés, como se le llamaba para diferenciarlo del ducado, con lo cual las ricas tierras francesas quedarían de hecho asociadas al Sacro Imperio. Con grandes esfuerzos económicos y militares habían defendido la posición como vasallos de la corona de Francia, fieles al Papado. Esa actitud de fidelidad a París y al papa le había merecido al señor de Croan el reconocimiento de la Iglesia, a la vez que una estrecha y amistosa relación con la familia real francesa de los Capétiens.

Roberto llevaba tres años viviendo en la Ille de France estudiando artes militares con instructores de la corte de Felipe I, y Raymundo de Artois, el sobrino y protegido de Balduino de Flandes que había hecho alusión a su vino, le caía bien. Su tío, hermano de Godofredo de Bouillón, había comprometido la participación del condado en la resistencia al Imperio, manteniendo su independencia, y ese detalle limaba el recelo que como borgoñés sentía por los flamencos.

Los cuatro jóvenes habían sido convocados siguiendo expresas y discretas instrucciones, y la elección del dominio de Montigny-Lapresse, llamado desde los tiempos merovingios de Payns, se debía a su situación en el corazón de la Champagne y en el compromiso de la familia Paganis con el rey y la causa del papa francés.

El primero en arribar a había sido Pierre du Guesclin, el sobrino del conde de Blois, veinticinco días atrás. Portador de dos enormes jamones de jabalí curados con salitre y varias hogazas de pan de centeno, había adelantado su viaje desde Lorena por un motivo ajeno al de la convocatoria, y ese motivo llevaba un nombre: Annette. La mano de la hija del señor de Payns era pretendida por Pierre desde que la conociera en una feria de Troyes, años atrás, a la que sus padres habían asistido como comendadores reales.

Algunos días después llegaron los flamencos Raymundo de Artois y Jan Frans de Roelants, su medio tío. Este último, un joven flaco de pelo pajizo, cara pálida y alargada, era primo y embajador de Roberto II, el nuevo conde de Flandes. Tras dormir algunas horas y después de una conversación privada con Mauricio de Paganis, el señor de Payns, con quien su padre había combatido para repeler una incursión vikinga por el Sena, uno con las armas de Flandes y el otro bajo el estandarte de la corona de Francia, había continuado viaje hacia la ciudad de Clermont distante de Payns unas setenta leguas al sur.

Por esos días, en esa ciudad fortificada de la Auvernia, se celebraba un concilio de obispos de la Iglesia Católica, y la misión de Jan Frans consistía nada menos que entregar a Su Santidad, el papa Urbano II, un sobre lacrado

con el sello del conde de Flandes, y otro similar estampado con el águila bicéfala del emperador romano de Oriente, Alejo I Comneno. Además, el flamenco era portador de una faltriquera de cuero en la que guardaba un sobre doblemente lacrado sin escudo de armas ni iniciales.

- Nadie debe conocer la existencia de lo que oculta este cuero. Lo entregareis personalmente al papa, solo y sin testigos, sin la presencia de terceros aunque en ello debais empeñar la vida. Son las ordenes del conde.

Esas habian sido las instrucciones recibidas por Jan Frans cuando, cabalgando junto a Raymundo, fueran abordados en un recodo del camino a Arras, fuera de la vista de ojos indiscretos, por un heraldo que lucia en el peto la divisa de Flandes, un leon negro sobre fondo amarillo.

El flamenco habia partido de Payns con sus tesoros en la alforja y un caballo de refresco al rayar el alba del 17 de noviembre, luego de desestimar, sin ofenderle, el generoso e insistente ofrecimiento del seior del lugar de consignarle un escudero para que le acompanie en el largo viaje. Solo y sin testigos. Asi lo habia ordenado su primo y seior.

Dos dias antes que empezara la lluvia habia arribado a los dominios de Payns Godofredo de Saint Omer. Con tiempo suficiente para organizar una caceria por el bosque cercano, del otro lado del Sena, permitio a dama Margueritte reforzar su despensa con una cierva joven, un jabato al que trozo y puso a curar en sal, y varias perdices. Godofredo, hijo de la noble familia flamenca de los van der Weyden, habia pasado su ninez y adolescencia en Kortrijk, a orillas del rio Lys, aprendiendo de la mano de su padre el arte de las armas y el gusto por la caza. Establecido mas tarde en Saint Omer, donde adopto el gentilicio, conoció a quienes serian sus amigos borgoñones y a los Paganis de la Champagne. Poco despues fue doncontactado por los embajadores de la Alta Normandia y parte a Rouen con el titulo de instructor militar del ducado. A partir de ese momento fue rebautizado por sus amigos como el Normando.

La extraña convocatoria para el encuentro en la Chmpagne le habia sorprendido en el asentamiento fortificado de Bonsecours y, seducido por su espiritu aventurero, no dudó en pedir licencia. El recrudescimiento del estado de guerra entre el ducado de Normandia y la corona de Francia le obligó, en su viaje a Payns, a dar un largo rodeo por las tierras boscosas del sur para evitar encuentros con las patrullas del rey.

El último en llegar habia sido Roberto de Croan, el Borgoñés, cuando ya el mal tiempo se habia desatado anegando campos y convirtiendo los caminos en lodazales pegajosos. Habia partido de París con una escolta de lanceros de la Guardia real, y los soldados, con la aldea de Payns a la vista, habian

emprendido el regreso ante la amenaza de recrudescimiento del temporal.

Ninguno de ellos tenía en claro el motivo por el cual habían sido elegidos, sin embargo, impregnados de los ideales de fe que campeaban en esa parte del mundo por esos días, enterados del concilio de obispos que se celebraba en Clermont e informados por Raymundo de la secreta misión de Jan Frans ante el papa Urbano, descontaban que los monjes benedictinos de la Orden Cluniacense del monasterio de Cluny, en la Borgoña, mucho tendrían que ver. Y a medida que trascurrían los días de reclusión crecía la certeza de que serían parte de algo que se estaba gestando y que transformaría sus vidas.

A esa altura del otoño al ocaso le seguía sin transición la oscuridad, y la noche había llegado acompañada por la lluvia. El redoble de cien tamboriles se había descolgado de improviso sobre los tejados, acompañado de oleadas furiosas del viento del norte que auguraba más agua.

- Mi querido Roberto...

La voz de Godofredo se elevó por sobre el chasquear de la lluvia.

- Vos que estáis tan cerca de la corona francesa y mantenéis amistad con los Capétiens, ¿cómo se ha tomado en la corte de Paris la excomuni3n que nuestro Odo de Lagery le ha propinado a Felipe?

La atrevida pregunta del Normando, a pesar del tonillo de chanza al llamar al papa Urbano por su nombre, alertó ojos y oídos. Todos sabían que revistaban en bandos opuestos y que a veces una broma podía herir más que una daga.

Roberto de Croan cerró el libro, echó el cuerpo atrás y apoyó la espalda en la silla.

- Caer en redes amorosas a edad tan tardía -insistió Godofredo en el mismo tono-, en la que en lugar de practicar tiro al blanco en camas ajenas debiera estar acunando nietos, no fue del agrado del Vicario de Cristo...

En realidad las debilidades del rey no eran asunto de interés para el Borgoñés. Él frecuentaba la corte de París solo por imposición de su actividad militar, y la ironía de Godofredo, en quien a pesar de lucir los colores del duque de Normandía ni por asomo veía a un enemigo, dio pie, para alivio de los otros, a que aflorase el fino y sarcástico humor que todos le conocían.

- ¡Ay... Santos silenciosos! -exclamó luego de reflexionar un momento en medio de una expectante atención-. Si vosotros hubierais visto de cerca sin afeites ni maquillaje, y sin la peluca a doña Berta de Holanda, la esposa del Rey, como la he visto yo... y a la bella Bertrade de Montfort quien hoy la reemplaza en la cama, aún siendo la esposa del poderoso conde de Anjou, asumiríais sin dudar el riesgo de ganarse semejante enemigo como hizo el viejo Felipe. La excomuni3n y las amenazas de arder en el infierno son el

precio que aceptó pagar por cambiar a Doña Berta por las delicias escapadas de Anjou...

Después de unos segundos de silencio sonoras risotadas atronaron el ambiente. La excomunión impuesta recientemente por el papa al rey de Francia Felipe I por repudiar a su esposa y contraer matrimonio con una mujer casada, sin autorización de la Iglesia, era la comidilla del día de la nobleza franca, pero más que una cuestión de estado se entendía como una sanción a las travesuras del maduro monarca. Si bien la excomunión de un rey liberaba a sus súbditos y electores del juramento de obediencia, a ningún noble ni vasallo del reino se le ocurriría hacer uso de esa prebenda.

- En realidad -agregó Roberto una vez acalladas las risas-, Urbano ha llegado tarde, Felipe ya tenía reservado un albergue en el infierno desde largo tiempo atrás.

Entusiastas aplausos y más risas remataron la ocurrencia ahogando por un momento el furioso chapoteo que bajaba del tejado.

- Eso sí, osado Normando, cuando os refiráis a Su Santidad llamadle por el nombre que asumió ante la cristiandad: Urbano II. Aquel Odo alegre y dicharachero que conocimos de en Cluny se perdió en Ostia, y todavía llora por el recuerdo de la Roma que disfruta Clemente.

Las voces encimadas con las risas y el incesante golpeteo de la lluvia, les había impedido escuchar los frenéticos ladridos de los mastines de caza, encerrados en los cubiles cercanos al cobertizo de las ovejas.

## II

**Reino de Francia**

**Payns. Condado de Champagne**

**4 de diciembre del año 1095**

**E**l jinete solitario, cubierto con un pesado capote de cuero engrasado que le protegía del aguacero, avanzaba lentamente en la oscuridad. La espesa lluvia, que se había desatado después de la puesta del sol, caía en torrentes a sus costados levantando oleadas de vapor del cuerpo caliente de su caballo y del que traía a la grupa.

Al dejar atrás el bosque para entrar en las tierras bajas del señorío de Payns, cabalgando por el enlodado camino que venía de Troyes, los pequeños y titilantes ojillos de luz de la casa le habían retemplado el espíritu agobiado por el rigor de las agotadoras jornadas. Recién ahora, cuando atronaba el ladrido de los perros y los cascotes de los caballos repicaban en el sendero empedrado que llevaba directamente al portal de la finca, guiado por la luz de la antorcha que empañada por la bruma ardía bajo el alero, supo que su misión estaba cumplida. El olor al humo que escapaba por la chimenea y bajaba para flotar a ras del suelo en el aire frío y húmedo, le despertó dormidas inquietudes del estómago y las promesas del descanso.

En lo alto de las escalinatas, frente al portal, un mozo de crianza alertado por los ladridos, se resguardaba de la lluvia bajo el alero de madera a dos aguas. La tea de mano iluminaba el rostro del joven paje que tiritaba de frío.

La potente voz surgida desde la oscuridad sonó a bendición a sus oídos.

El jinete desmontó penosamente y el paje, luego de un momento de vacilación, dejó la tea en el soporte y bajó la escalinata para recibir, bajo el agua helada de la lluvia, las riendas de las cabalgaduras. Después, mientras el recién llegado trataba de quitarse de encima el pesado capote ya bajo la protección del alero, recuperó la tea y se alejó con los caballos contorneando el muro rumbo al establo.

Liberado del peso del cuero mojado y tras dejarlo caer sobre el piso embaldosado, Jan Frans se dedicó a estirar las piernas y a enderezar la espalda dolorida mientras se frotaba con las dos manos la cintura.

Maurice de Paganis, el señor de Payns, aguardaba prudente y cortésmente asomando por la hoja entreabierta. Después, a la luz fluctuante de la antorcha que chisporroteaba en el soporte empotrado al muro, se despegó del vano.

- ¡Jan Frans de Roelants... bienvenido, amigo de la casa!

El flamenco se volvió prestamente al escuchar la potente voz. Allí estaba la figura alta y dominante del dueño de casa, el compañero de armas de su padre, y con el paso todavía inseguro fue a su encuentro. Entonces, para su sorpresa y tras unos instantes en los que ambos se observaron, inmóviles, en un arranque repentino Maurice abrió los brazos, lo atrajo hacia sí, y en un prolongado abrazo hizo resonar en las espaldas del azorado joven sonoras palmadas.

- ¡Bienvenido hijo mío -dijo con efusividad al separarse-, nunca fuisteis tan bien venido a parte alguna como lo sois esta noche de perros en mi casa! Desesperábamos por noticias vuestras y hasta llegamos a temer por vos, con tamaño temporal bien podríais haberos perdido.

El tono con el que el franco se dirigía al joven era paternal y sincero. Después, tomándole del brazo, le arrastró hacia la puerta. Mientras caminaba dejándose llevar Jan Frans se sintió obligado a explicar el motivo de la demora, pero Maurice le hizo callar con un gesto evasivo.

- Ahorrad energía, que todo lo que pudierais decirme aquí lo tendréis que repetir después delante de los que allá parecen una jauría atrapada en una jaula -achicó los ojos-. Sólo decidme si las que traéis son buenas noticias...

- ¡Buenas, Señor! -estalló el flamenco-. ¡Muy buenas!

- Pues no esperaba otra cosa de nuestro papa. Venid, acompañadme que os mostraré algo. Luego podréis asearos, cambiar esa ropa mojada y compartir la cena caliente regada con buena cerveza que si bien no es la de Arras falta os debe hacer.

El espacioso vestíbulo al que entraron, alumbrado por un candil de aceite de varias bocas que pendía de la viga de madera que dividía en dos al techo, parecía un museo de armas. No había muebles ni tapices. Las paredes, enchapadas en madera, soportaban todo tipo de espadas, jabalinas, arcos y ballestas; y en un jarrón de cerámica roja, ubicado en una esquina, se abría un ramillete de largas flechas emplumadas en brillantes colores. Luego de cruzar una abertura en arco entraron a un pasillo apenas iluminado por el resplandor que venía del vestíbulo, y se detuvieron frente a la puerta maciza.

Desde allí podían escuchar, aún a través de la madera, el jolgorio y las risas que venían del comedor. Alegrados por el vino de Borgoña que campeaba en la mesa bien servida, los confinados parecían haber olvidado el mal tiempo y el encierro, y festejaban ruidosamente las ocurrencias de Roberto de Croan y



los mordaces comentarios de Godofredo. El tema recurrente era el infortunio de la despechada Doña Berta y las intimidaciones de la corte de Felipe.

- Despreocupaos por ellos, amigo mío. Venid y mejorad el aspecto. Ya tendremos tiempo de escuchar vuestro relato.

Media hora después, al abrirse la puerta del comedor, la escena que apareció a los ojos del flamenco no era precisamente la de una angustiada espera. La luz de las lámparas apenas llegaba a ese sector de la sala y los jóvenes, animados por la cerveza caliente que había comenzado a circular después de la cena, no advirtieron la presencia del dueño de casa y de Jan Frans, que ahora vestía un jubón de terciopelo rojo y calzas verdes del guardarropa de Guiscard.

El primero en verles fue Pierre du Guesclin. La risa que hasta ese momento le iluminaba la cara redonda quedó congelada, y ahogado por la sorpresa atinó a sacudir el brazo del Borgoñés, sentado a su lado, señalándole la puerta. El repentino silencio de Roberto, quien en ese momento desafinaba intencionadamente una de las tonadas preferidas con las que Doña Berta, al son de un salterio en triángulo solía castigar los oídos de la corte, alertó a los otros. Tras un momento en el que todos quedaron mudos por la sorpresa dejaron, al unísono, las sillas para abalanzarse en tropel hacia el flamenco y en medio del alboroto Maurice de Paganis dejó discretamente el comedor; prefería mantenerse a distancia de los arrebatos juveniles.

Un rato después la calma había renacido. Jan Frans, saciado su estómago con una humeante y espesa sopa de ave y legumbres con tostadas de pan de centeno que dama Margueritte había depositado silenciosamente frente a él, departía temas triviales con los ansiosos jóvenes sentados en derredor de la mesa, reservando a pesar de las insistencias su relato hasta el regreso del señor de Payns.

Cuando Maurice entró en la sala le acompañaba Hugo, su segundo hijo, un mocetón de unos diecisiete años, de buen porte y vellones rubios que apenas despuntaban por el mentón y los bigotes. Ya todos conocían y apreciaban al muchacho. Durante esos días había compartido con ellos largas horas de charlas y ocio, demostrando madurez y conocimientos generales propios de persona de mayor edad.

Apenas Mauricio se hubo sentado en la cabecera, donde su silla permanecía respetuosamente vacía, y Hugo a la derecha de su hermano Guiscard, apareció en la sala dama Margueritte portando ahora una bandeja de plata con una panzuda jarra de cervezay dos nuevas copas. Luego de depositar la

bandeja en la mesa y las copas frente a su amo y a Hugo, con una media reverencia y sin darles la espalda dio dos pasos atrás, inclinó por dos veces la cabeza y girando el cuerpo robusto, enfundado en una larga camisa gris con mangas azules, hizo flamear al tocado, también azul, que dejaba asomar una larga trenza blanca, y enfiló hacia la puerta haciendo resonar los suecos de madera en las losas del piso.

El señor de Payns autorizó a Guiscard con una mirada y la jarra comenzó a circular de mano en mano. Jan Frans, que ocupaba la cabecera opuesta, honor solo dispensado a visitantes importantes y en ocasiones especiales, aguardó a que todos tuvieron sus copas llenas para buscar la mirada de Maurice. Levantó entonces la suya proponiendo un brindis por la Gloria de Dios y la buena salud del anfitrión, su familia y los comensales. El caldo espumoso, tibio y amargo, desapareció rápida y ruidosamente de las copas y algunos eructos satisfechos las acompañaron al empujarlas hacia el centro de la mesa.

El flamenco carraspeó con fuerza para aclarar la voz, recorrió los rostros anhelantes y se detuvo en la cabecera opuesta. Mauricio de Payns parpadeó una vez y sonrió debajo del bigote negro.

- Amigos míos -dijo por fin-, son tantas y tan importantes las cosas que he de contaros que temo que mi vocabulario sea escaso y poco expresivo para que podáis vivir las emociones como yo las he vivido. Os pido me disculpéis si desordeno el relato, pero en verdad quisiera transferiros todas las cosas que he oído y visto en tan provechosos días...

La emoción del joven era ostensible, y se tomó un respiro para calmar las pulsaciones a la vez que en forma proporcional crecía la impaciencia de los otros.

- En primer lugar os digo, para aliviar vuestra preocupación, que la misión fue exitosa, y mi primo y señor, el noble Roberto, podrá estar orgulloso de su embajador.

Algunas exclamaciones celebraron el anticipo, pero la curiosidad por conocer detalles se podía palpar en el aire y las miradas se clavaban en los ojos grises enrojecidos por la falta de sueño

- Como vosotros recordaréis -prosiguió Jan Frans-, partí de Payns al alba del 17 de noviembre. Por el camino que sigue el curso del Sena, aguas arriba, tuve a la vista Troyes a media mañana. Luego de descansar bajo una encina en las afueras de la ciudad y comer algo de la vianda de pan, queso, tocino y huevos poché que me preparó vuestra buena ama de cocina, la dama...

- Margueritte -le ayudó Guiscard-. Madame Margueritte.

- Madame Margueritte -repitió Jan Frans-. Pues bien, después de comer, como os decía, cabalgué el resto de la jornada por la costa del río siguiendo

un sendero apenas marcado, y en la aldea de Les Rices hice noche en un establo abandonado. Al clarear torcí al suroeste, dejando atrás el río, para internarme en un bosque de enormes hayas, robles y encinas, tal como me indicaron unos aldeanos a los que consulté. Al medio día, con dos conejos en el morral gracias a la ballesta bien engrasada que nunca me deja de acompañar, a la yesca que nunca olvido y a la bolsita con granos de sal y pimienta, pude comer un asado como Dios manda. Después de una larga jornada de cabalgar por el bosque, ya casi en las últimas horas de la tarde y en terreno despejado, vi desde la cima de una colina al río Yonne. Siguiendo aguas arriba, a dos horas de marcha, cuando ya estaba oculto el sol y a punto de desfallecer de cansancio, tuve a la vista los primeros caseríos de Auxerre, en los dominios de la Baja Borgoña.

Roberto de Croan no pudo contener un suspiro melancólico. En esos valles había pasado gran parte de su niñez y su juventud.

El flamenco había hecho una pausa para frotarse los ojos.

- Allí, en Auxerre, usé parte de los talentos que me dio el guardasellos de mi primo para gastos del viaje. En una posada del camino me deleité con un delicioso ganso guisado, un buen vino rojo, y por fin pude dormir en un lecho de paja seco y confortable. Hice también atender a los caballos y revisar los clavos de las herraduras, que bien lo necesitaban, y ordené al palafrenero que ensillase al bayo para darle un descanso al alazán. Al alba tomé rumbo al sur por el camino que va a los reinos de Provenza y Aquitania, ese al que las gentes del lugar llaman "Vía real". Durante todo el día cabalgué sobre la margen oeste del río Yonne, sembrado de caseríos y pequeñas aldeas, y varias veces tuve que mostrar mis credenciales de embajador de Flandes a los soldados del ducado. Al día siguiente, siguiendo ese camino, dejé atrás al Yonne atravesando campos de sembradíos y viñedos hasta alcanzar, entrada la tarde, la costa de un arroyo que no figuraba en mi carta. Siguiendo su curso llegué al majestuoso Loira antes del ocaso, y en la ciudad de Nevers pasé la noche con la tranquilidad de saber que al día siguiente estaría en Auvernia. Al despuntar el alba crucé el río en una gran balsa de madera sostenida por odres de cuero de buey, con los caballos maneados, las cabezas encapuchadas y las patas amarradas a los maderos del piso.

El flamenco hacía esfuerzos para sostener los párpados.

- Continúa por amor a Dios, que no veo la hora de llegar a Clermont y conocer qué dijo nuestro amado Odo... -Godofredo deslizó una rápida mirada al Borgoñés-. Perdón... Su Santidad... el papa Urbano.

- Desde el cruce del Loira -continuó el flamenco después que acallaron algunas risitas-, el camino seguía costearlo el río Allier por la margen oeste,

y al finalizar la quinta jornada de marcha llegué a Moulins. Mientras comía una buena trucha frita en grasa de cerdo en la taberna de unos viejos venidos de la Provenza me enteré, por boca de unos viajeros que remontaban el camino hacia el norte, que a partir de la próxima aldea de Vichy el movimiento de gentes y soldados era incesante, y que todo el barullo se debía al Concilio que se estaba celebrando en Clermont... ¡Y los muy bellacos se mofaron de que esos eventos solo interesaban a los obispos panzudos y sus dignatarios, y que los muy pillos se aprovechaban para comerse los jabalíes y ciervos de los bosques y beber vino gratis! Y los palurdos que estaban con ellos reían a mandíbula batiente festejando tan abominable ignorancia, propia de campesinos brutos alejados de los senderos de Dios, caminando derecho al infierno.

Suspiró meneando ligeramente la cabeza.

- A mitad de camino entre Moulins y Vichy comenzó el ascenso a las tierras altas, y en un caserío los aldeanos me invitaron a comer, lo cual acepté de buen grado. Después de hacerle honor a un cocido de cordero y nabos, mientras descansaba sobre una parva de heno junto al camino, llegó una partida de soldados identificados con cintas blancas y amarillas que revisaron choza por choza. Al presentar mis credenciales de embajador de Flandes ante Su Santidad fue digno de verse la solemnidad con la que me saludó el capitán. Finalmente llegué a Vichy. Y si os cuento que hube de dormir en el establo junto a los caballos ya que todo lugar decente estaba ocupado por visitan...

- ¡Válgame Dios! -esta vez fue Roberto de Croan el que hizo sentir al flamenco su fastidio-. ¡Por todos los Santos... qué camino tan largo y pesado habéis hecho! ¿A cuánto estamos de Clermont?

Algunas risitas cortadas rubricaron al Borgoñés.

- A diez horas de marcha -respondió Jan Frans, imperturbable, ignorando la ironía-, y el corazón me latía aceleradamente. Carruajes y caballeros transitaban por el camino, tanto en el sentido que llevaba como en el sentido contrario, y gran cantidad de soldados con distintivos blancos y amarillos cuidaban de toda esa gente. Los había también que respondían al señor de Clermont, con sus faldones escarlata y las banderolas del mismo color en las puntas de las picas. A media tarde tuve a la ciudad en el horizonte, con las agujas de la catedral apareciendo por sobre las murallas. En el descampado se levantaban tiendas de comerciantes de todo tipo, campesinos ofreciendo verduras, aves, corderos y cerdos asados. Muchos aldeanos deambulaban esperando ver algún obispo purpurado o un rojo cardenal paseando en sus carruajes, o dando caminatas por el campo, y todo el paisaje dominado por el

volcán Puy de Dôme que es al...

- Pues sí, continuad que ya todos le hemos visto -acotó Pierre du Guesclin antes que el flamenco se extienda en más detalles.

- Hasta llegar a la muralla de la ciudad de Clermont pasé innumerables controles, y finalmente pude ingresar a últimas horas de la tarde del día 23.

Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz.

- Os digo que las llamadas murallas no son tales, solo ladrillos cocidos y piedras amontonadas sobre un montículo de tierra que corta el terreno de este a oeste, con algunas torres redondas que dejan a los accidentes naturales la protección de los laterales. Un horror militar como nunca se vio en Flandes... ni en las tierras del norte. En la ciudad no se podía andar montado, solo a pié, con el caballo llevado de las bridas. Apenas transpuse la gran puerta, como eran mis instrucciones, me dirigí al lugar donde se celebraba el Concilio. Siguiendo las referencias que me dieron algunos burgueses no me resultó difícil llegar hasta la plaza de armas, dominada por una vieja iglesia romana de ladrillos rojos y tejas ennegrecidas. La cantidad de vendedores de comida era asombrosa. Sus gritos castigaban a mis oídos acomodados al rumoreo del bosque y al silencio de la campiña, pero los deliciosos aromas del pan recién horneado, de las carnes asadas y los cocidos atemperaban mi fastidio. Cuando llegué al atrio de la iglesia se habían despertado en mi tantas ansias por comer algo que pensé que si no lo hacía me desmayaría. Pese a ello me anuncié y entregué mi acreditación al soldado de la guardia, esperando pacientemente la autorización para ingresar. Al rato llegó un anciano clérigo vestido con hábito negro, la capucha volcada sobre la espalda dejaba al aire su pequeña cabeza calva. Se presentó como el cillerero de la abadía. Junto a él venía el capitán de la guardia, y entre ambos me guiaron hacia el interior de la vieja iglesia descascarada. Atravesamos la nave, tan pequeña y austera como una capilla de nuestras aldeas y salimos a un patio embaldosado rodeado de galerías. Por una puerta lateral ingresamos a un edificio de piedra, y tras recorrer algunos pasillos donde el olor a humedad se mezclaba con el humo de las velas y el incienso, entramos en una sala profusamente iluminada por enormes cirios, con el techo muy alto y muchos arcos que descansaban sobre columnas redondas y lisas. El lugar abarrotaba de personajes pomposamente ataviados. Escribas y monjes vestidos de negro, como el que me llevaba tomado del brazo, alternaban con obispos y cardenales. La algarabía de las voces parecía rebotar en la bóveda del techo. Dejamos aquella sala, que era la recepción de la abadía a la cual pertenece la iglesia, y salimos a otro patio cuadrado, pavimentado con grandes baldosas blancas que brillaban a la luz de las antorchas. Rodeaba todo el perímetro una

galería cubierta por un amplio alero sostenido por columnas de madera. Un jardín muy bien cuidado en el centro le daba un toque verde, y pensé que de día se vería muy bonito. Todas las puertas que daban a la galería estaban cerradas. El clérigo y el capitán no decían palabra, y eso me permitía escuchar el fuerte rumor de voces que provenían del interior de esos aposentos. Más adelante pasamos frente a un banco contra la pared donde algunos frailes que por la vestimenta blanca supuse que serían benedictinos conversaban en voz baja. En los senderos del jardín paseaban otros que a la luz del crepúsculo parecían fantasmas, solemnes y silenciosos. Entretenido en mirar todo eso me metieron en un corredor que se abría a la derecha, el capitán se adelantó, eligió una llave del manajo que le colgaba de la cintura, abrió una puerta y se hizo a un costado para dejar que el viejo cillerero y yo entrásemos. Era una estancia pequeña, oscura...

El flamenco había logrado con su relato captar la atención y el interés de todos. Cada vez que hacía una pausa para tomar aire y frotarse los ojos le acompañaba el más absoluto silencio.

- El monje recorrió la cortina que cubría una pequeña ventanita en el lado opuesto de la puerta, por la cual entró algo de luz de la antorcha que ardía afuera, y pude ver una pequeña mesa de madera y dos sillas. Sobre la mesa había un candelabro de bronce con la figura de un ángel con las alas desplegadas que sostenía una vela de sebo, apagada. El religioso me invitó a tomar asiento y tomando el candelabro salió de la habitación, al regresar la vela estaba encendida. La colocó en el centro de la mesa y me dijo que aguardara en ese lugar, que el capitán quedaría afuera por mi seguridad. Y así, en la soledad del cuartucho, pasado un tiempo que calculé media hora porque ya la vela estaba consumida a la mitad, la puerta se abrió y entró en la habitación otro monje, vestido de blanco. Era un hombre bastante joven de aspecto agradable y ademanes rápidos y nerviosos. Se identificó como asesor del Papa en asuntos seculares, de nombre Ademaro de Monteil, obispo de Puy, y me interrogó sobre los motivos que animaban al conde de Flandes para enviar de urgencia y en secreto a un embajador cuando se celebraba importante Concilio de la Iglesia, estando en juego su relación con el Imperio... Hablaba muy rápido, con verdadera prisa, como para terminar pronto conmigo.

El flamenco arrugó el entrecejo como si el obispo estuviera allí.

- En ese momento, en lugar de apocarme, recordé las instrucciones de mi primo, abrí el saco de cuero y sin decir palabra saqué de su interior el documento con el sello de Flandes que explicaba el motivo de mi presencia en Clermont y el que calzaba los del águila bicéfala de Bizancio, y se lo entregué

al obispo -bajó la voz, como si todavía pudiese oírlo-, reservándome el documento lacrado sin sello, el que debía entregar a su Santidad el Papa en persona...

Los gestos de aprobación y de asombro le animaron.

- El obispo se acercó a la vela, miró con detenimiento los sellos para verificar la procedencia, después los despegó con una lanceta que sacó no sé de dónde y desenrolló el primer pergamino. Terminada su lectura me observó por un momento. Después desenrolló el otro, y mientras leía, a luz mortecina de la llamita pude ver en la expresión de su rostro el interés por lo que allí estaba escrito de puño y letra del emperador romano de Oriente, seguramente en griego, y confieso que también yo sentí curiosidad. Al finalizar enrolló los dos pergaminos juntos, los guardó cuidadosamente debajo del hábito, y mirándome fijamente a los ojos me dijo:

- Caballero, la noticia de la cual sois portador es de enorme importancia para la cristiandad, y será tratada con la urgencia que merece por las autoridades de la Iglesia aquí reunidas. Ignoro lo que el conde de Flandes menciona al pie como documento reservado del cual también vos sois portador, pero descuento que Su Santidad Reverendísima, Pontífice de la Cristiandad por la Gracia de Dios, Urbano II, a quien está destinado en persona, se hará presente aquí, en esta celda de retiro, apenas finalice la sesión del día de hoy para que le entreguéis dicho documento fuera de la vista de nadie -y agregó como si leyera mi mente... o hubiera escuchado el gemido de mis tripas-: La espera puede ser larga, caballero. ¿Deseáis que os haga llegar alguna vianda para calmar vuestro apetito a cuenta de la cena con la que honraremos vuestro servicio a la cristiandad?

Jan Frans disfrutaba los rostros mudos de admiración.

- ¿Y qué creéis vosotros que le contesté al señor obispo?

- Pues, que sí -dijo Godofredo con fastidio-. Continúad por favor...

Ahora la mirada que le dirigió al Normando no fue amistosa.

- Al rato apareció un criado con una bandeja de madera con pan de trigo, una penca de queso de oveja, una lonja de chacina fría, una copa de agua y tres higos secos. Comí a la triste luz de la vela y viendo como caía la noche, y se consumía el sebo, caí vencido por el sueño.

Jan Frans disfrutaba del momento sintiendo a todos bajo su control, incluso a Maurice de Payns, que parecía embelesado y no movía un pelo.

- En realidad no sé cuanto tiempo permanecí dormido en aquella celda, lo que si recuerdo es que me sobresaltó el chirrido de los goznes de la puerta. Al abrir los ojos sólo vi negrura, la vela ya se había consumido y la noche era cerrada. Me incorporé de un salto del banco y retrocedí hasta dar con la

espalda contra la pared y llevé la mano hasta la empuñadura de la daga veneciana que me regalara mi padre, de la cual nunca me separo. Por la puerta que se abría lentamente se filtró la luz de una antorcha, y me pregunté dónde estaría el capitán. Siempre con la espalda pegada a la pared y la mano en la daga, aunque sin sacarla, contuve el aliento. El desconocido cerró la puerta y la más completa oscuridad nos envolvió a los dos...

- ¡Madre de Dios...! ¿Quién demonios era vuestro atacante? -la voz de Pierre, aflautada por la emoción, sorprendió a todos. De pronto redondeó los ojos-. ¡Santa María... que si estáis aquí debisteis dar buena cuenta de él...!

El flamenco lo miró con fastidio. El mofletudo había cortado el hilo de su relato atrayendo la atención en la parte más relevante.

- ¿Quién habló de atacante...? -le deslizó tratando de recomponer el clima-. La luz de un yesquero iluminó en ese momento la escena, después, a medida que la llamita de una nueva vela cobraba vida pude ver que el que había entrado no portaba armas. Sin decir palabra se acercó con naturalidad a la pared, a un costado de la puerta, y calzó al cirio en el soporte de hierro. La habitación se iluminó desde lo alto y él se me apareció de cuerpo entero. Una capucha blanca le cubría la cabeza y con el mantón envolvía el cuello, dejando ver del rostro sólo los ojos y la nariz. El hábito blanco era similar al del obispo de Puy. Sin despegar la espalda de la pared aflojé la mano.

Jan Frans hizo una pausa. Había llegado el momento.

- Entonces fue cuando sucedió. El hombre tiró hacia atrás la capucha para descubrir su cabeza y me dijo:

- No temáis caballero, soy vuestro papa.

Las espontáneas exclamaciones de asombro y la boca abierta del señor de Payns fueron dulce premio para el esfuerzo del flamenco en imposter la voz grave de Urbano.

- Las nubes del sueño se habían disuelto al instante, pero como tardaba en reaccionar Su Santidad extendió su mano hacia mí, con la palma hacia abajo, y comprendí. Rodeando la mesa me incliné ante él para besar el enorme anillo de oro, y en ese momento pensé en los labios de tantos reyes y señores que se habrían posado en la sagrada sortija.

- El anillo de Pedro no se besa, solo se roza con los labios, el beso es pecaminoso... Judas besó a Cristo -observó Pierre, y todos lo miraron para saber si era una broma o si estaba hablando en serio.

- Al enderezarme le vi cara a cara -continuó Jan Frans-. Era un hombre de unos 55 años, con escaso cabello, casi una pelusa, y barba plateada peinada con...

- ¡O no! ¡Santo Dios! ¡El bueno de Odo ha perdido el pelo... como el zorro



en verano! –lo interrumpió Godofredo riendo con ganas y haciendo sonreír a los otros-. ¡Y le encanece la barba... ya es todo un hombrecito!

– A pesar de no ser más alto que yo su aspecto era dominante –continuó el flamenco tras enviar una furibunda mirada al Normando–, la nariz aguileña le daba un aire inteligente y astuto. Eso es... miradme bien, hijo mío –me dijo con una sonrisa que me hizo avergonzar-. Es probable que no tengáis en la vida muchas oportunidades de tener a un papa tan cerca. Después endureció el gesto y con una seña me indicó el banco, mientras él arrimaba a la mesa el que estaba contra la pared

– Hablad, que tengo prisa por volver a mi trabajo –me dijo una vez que estuvimos sentados-. ¿Qué es lo que vuestro noble primo quiere hacerme saber? Yo tragué saliva. No recordaba haber dicho al obispo de Puy que el conde era mi primo, debía decirlo en el pergamino... Su Santidad, le dije entonces, la misión que me encomendó el conde de Flandes culmina con la entrega a vos, en mano, sin testigos ni registros, de un documento doblemente lacrado, sin sello, del cual no conozco más que lo que he dicho al señor obispo. Os hago entrega de él y pongo fin aquí a mi misión. Y habiendo dicho eso extraje de la alforja el sobre de cuero con el pergamino enrollado, en el que se veían dos grandes gotones de lacre aplastados, lisos, pegados sobre la cinta azul que lo envolvía. Su Santidad tomó el documento, se puso de pie, y en lugar de abrirlo y leerlo allí, como yo esperaba, con el mismo movimiento que le vi hacer al obispo de Puy para sacar la lanceta lo escondió hábilmente debajo del hábito.

– Caballero de Roelants–me dijo con la mano ya apoyada en la argolla de la puerta–, en unos momentos vendrá por vos un novicio que os guiará hasta vuestro aposento. En el refectorio de la abadía, en una hora, compartiré con vos y con mis obispos y cardenales consejeros la mesa de la cena. El novicio os indicará como llegar al comedor. Ahora leeré este documento en soledad y, si lo considero útil para el bien de la Iglesia, su contenido será analizado esta misma noche con mis consejeros y llevado mañana al seno del Concilio. El 27 de noviembre es el último día de sesiones, a media mañana se cerrará el cónclave y sus conclusiones serán Ley de Dios para todos los cristianos del mundo. La respuesta a lo que el señor conde de Flandes ha escrito aquí ya es parte de mis ocupaciones a partir de ahora. Y vos, como su emisario y embajador, las tendréis cuando llegue el momento.

Nadie atinaba a hacer el menor movimiento, absteniéndose hasta de tragar saliva por temor a que algún sonido les delatara

– Dicho eso el Papa hizo una leve inclinación de cabeza, levantó la capucha, tiró el manto sobre la boca y me dio la espalda. Sacó la vela del soporte en la

pared, abrió la puerta y se marchó, dejándome otra vez en la más completa oscuridad. Entonces salí a la galería, parándome a tres pasos del capitán de la guardia, quien permaneció con su vista fija en el centro del patio, sin mirarme y sin decir palabra. Allí quedamos los dos por un rato, y por suerte el novicio no se hizo esperar. Por señas me dijo que le siguiera y yo le seguí sin chistar, abrumado por tantas emociones.

Carraspeó con toda intención.

- Para no abrumaros os diré que la cena transcurrió placidamente, entre comentarios mundanales de distendidos asuntos. Allí me enteré que el precio de la seda que traen los venecianos del oriente se iba a las nubes, que se había descubierto que la carne de cerdo mal cocida era venenosa aún sin estar podrida lo cual demostraba la sabiduría de Moisés a pesar de ser judío, que en los viñedos del sur la peste gris había raleado los racimos y que escasearía el vino, y que la corte de Clemente, en la Roma ocupada, rebosaba de intrigas y corrupción. Os diré que comimos guisado de nabos con ciruelas y cerdo asado al fuego, y que luego de un brindis con un vino dulce y espeso me condujeron a la celda de huéspedes, donde dormí en paz con la panza llena y la satisfacción del deber cumplido.

Jan Frans dejó que la espalda apoyara en el respaldo de la silla, y suspiró profundamente. El silencio se había adueñado de la sala al punto que podía escucharse el suave chirriar del leño que ardía en el hogar.

- Señor de Payns, amigos míos, los sucesos que ocurrieron a partir de ese momento, por su grandeza y trascendencia, son merecedores de algo más que un pobre relato tan poco elocuente como el mío, y merecerían que vosotros mismos los hubierais podido vivir... tal como pude vivirlo yo gracias a la bondad infinita del Altísimo.

## III

**Reino de Francia****Clermont. Región de la Auvernia central****27 de noviembre del año 1095**

**E**n la región central de Auvernia, dominada por el monte Puy de Dôme, el día había amanecido con un cielo limpio de nubes anunciando una jornada de otoño fría, soleada y apacible.

La ciudad de Clermont se aprestaba a vivir un día festivo, el más trascendente de su historia. Desde hora temprana los pregoneros recorrían las calles principales, escoltados por soldados con faldones rojos, haciendo sonar pífanos y repicando tambores. En el despliegue de estandartes y banderolas destacaba el escarlata del señor de Clermont y el blanco y amarillo del Papado. En cada cruce de calles el pregonero, con su cortejo de músicos y soldados, aguardaba que la gente se agolpase en derredor para dar lectura a la proclama a toda la voz que la garganta y los pulmones le permitían.

*“El Concilio de Obispos convocado por Su Santidad Reverendísima, el Papa, y la Santa Iglesia Católica bajo la inspiración y el amparo del Espíritu Santo, ha llegado a su fin. A la hora en que el sol esté en lo más alto del cielo Su Santidad Reverendísima y Pontífice de la cristiandad por la Gracia del Todopoderoso, Urbano II, anunciará al pueblo, en el descampado a extramuros de la ciudad, cercado y custodiado para que no ingresen mendigos, enfermos de lepra ni ladrones, un mensaje trascendente para toda la humanidad en el Nombre de la Cruz.”*

Un redoble de tambores puso fin a la lectura y el pregonero recordó que la convocatoria estaba dirigida a aldeanos, campesinos, burgueses, artesanos, caballeros y a todo hombre, mujer o niño de cualquier condición, y que concurrir era mandato del Señor.

El sitio elegido era el amplio descampado en las afueras de la ciudad, donde se hacían las ferias de primavera, y se podía llegar a pie siguiendo el camino que llevaba a la aldea de Montferrand.

La noticia había se había filtrado antes darse el anuncio oficial, y desde hora muy temprana, al despunte de los primeros rayos del sol, el descampado había sido invadido por todo tipo de vendedores ambulantes que pugnaban por establecerse en los mejores lugares.

Muchos de ellos eran los que durante las jornadas del Concilio pululaban por las calles de la ciudad y las puertas de ingreso, y pretendían rematar el cierre del cónclave con una buena venta. Las precarias tiendas, levantadas a los apurones, se esparcieron rápida y desordenadamente y, a la hora en la que el sol se levantaba por sobre los bosques amarillentos y deshojados, ya cubrían todo el espacio.

Interminables discusiones y peleas se sucedían entre los puesteros que disputaban primacías y exclusividades, entre balidos lastimeros de corderos, chillidos de cerdos y cacareo de gallinas, dándole al lugar la vivacidad y el colorido de los días festivos.

A media mañana un carruaje descubierto, engalanado con guirnaldas blancas y amarillas, salió de Clermont por la puerta principal. A los representantes del clero encargados de los aspectos organizativos del evento les seguían dos carretones tirados por cuaternas de asnos, en los que los carpinteros transportaban materiales y herramientas para levantar el podio desde donde Su Santidad dirigiría la palabra.

Escortaba a la comitiva una formación de veinte soldados montados, con cascos y picas que relucían al sol matinal, bajo el mando de un capitán que llevaba el pendón escarlata.

Apenas el carruaje que transportaba a los clérigos hubo llegado a la parte alta de una suave lomada del camino, el espectáculo que se abrió a la vista de los atónitos dignatarios del Papa los sumió en la más profunda consternación.

El Pontífice había sido muy claro. El encuentro debería guardar profunda espiritualidad y misticismo, y el escenario apropiado para anunciar a la cristiandad la buena nueva que iba a marcar al mundo para siempre. Pero en lugar del recatado recogimiento de la humilde fe en Cristo, se encontraron con que en el descampado, que se extendía ante sus ojos estupefactos, reinaba la más feroz algarabía multicolor, verdadera bacanal salida del infierno. Y tal como debió haber acontecido con Jesús al contemplar en el templo judío el descomunal desorden y atronador vocinglerío de los comerciantes, los dignatarios trocaron en un instante la consternación por una encendida furia.

El jefe de la comitiva papal, después de persignarse por dos veces y de pedir perdón a Dios, cruzó unas pocas palabras con el capitán de la escolta y la orden de éste no se hizo esperar.

Los soldados, sin previo aviso, cargaron con sus cabalgaduras derribando a su paso tiendas y puestos, poniendo en fuga a los sorprendidos vendedores y a los aterrados clientes, que ya a esa temprana hora se habían acercado al lugar atraídos por la convocatoria y las promesas de buenos precios.

El caos más increíble se adueñó, en un instante, del lugar antes pleno de vida. Cerdos, corderos y gallinas se desbandaron y tras ellos sus dueños lanzados a la caza, en medio de un griterío ensordecedor que se mezclaba con los berridos de los animales y los relinchos excitados de los caballos de pelea. En el aire frío de la mañana la espesa polvareda formó una extraña nube parda, visible desde la ciudad, y al cabo de media hora todo había terminado. La calma y el orden habían renacido en el campo de la singular batalla.

Los maestros carpinteros, mientras tanto, habían iniciado su trabajo en medio de la batahola, y avanzaban a martillazo limpio en la construcción del enorme cajón de madera que serviría de estrado, al pie del majestuoso cerro con forma de catedral pétrea. Más tarde, un piquete de infantes llegados de Clermont acordonaba el descampado, con la orden de impedir el paso a todo aquel que portara algo distinto a crucifijos o banderines blancos y amarillos, mientras una cuadrilla de obreros despejaba de desperdicios el terreno, reubicando a las tiendas salvadas de la hecatombe del otro lado del cerco, en los terrenos bajos aledaños al riachuelo Tiretaine.

Y cuando el sol marcaba la mitad del día, una multitud expectante se apretujaba bulliciosa esperando la presentación del Papa.

Por fin, el estridente toque de una trompeta hendió el aire seguido por un sostenido redoble de tambores, y el más impresionante silencio se extendió por encima de las cabezas. Los carruajes que transportaban al Pontífice con su séquito, y el cortejo de nobles, habían llegado.

Un escuadrón de caballería con lanzas en ristre y corceles blancos, abría paso pechando sin contemplaciones a la multitud que cerraba el camino, dispersando entre gritos, ayes y maldiciones a los desafortunados que quedaban apretados entre el gentío y los animales. Soldados de línea llegados del vecino señorío de Montferrand para reforzar a la guardia de Clermont, con escudos redondos y uniformes azules y verdes, se las ingeniaban para consolidar a bastonazo limpio el corredor abierto por los montados delante de los carruajes. Hasta que sucedió lo inevitable. Uno de los imprudentes que había logrado encaramarse al carruaje en el que viajaban los obispos y cardenales, detrás del que ocupaba su Santidad, al ser empujado por el

cabrestante cayó entre las patas de las mulas que tiraban del carromato con el séquito secular que venía detrás.

Entre gritos y chillidos de las mujeres los soldados rescataron de las patas de las encabritadas mulas al mozo, tullido y maltrecho, pero vivo; y enterado el Papa, quien no quería ver empañada la fiesta por una desgracia aunque fuera la de un pobre infeliz como ese, para desesperación de unos y sorpresa de otros, ordenó que el tramo restante hasta llegar al podio fuera cubierto a pie.

Urbano *II* vestido de blanco, al igual que su asesor el obispo de Puy, abrían la marcha rodeados por lanceros engalanados de escarlata, brillando al sol cascos y pectorales de acero. La alta jerarquía eclesiástica de obispos y cardenales, luciendo galas purpuras y bermejas, se encolumnaban detrás del Papa. Un par de pasos más atrás avanzaba la comitiva secular encabezada por el señor de Clermont, su esposa e hijas, seguidos por los nobles caballeros de la región y, entre ellos, como invitado especial de Su Santidad, el embajador de Roberto *II* de Flandes, Jan Frans de Roelants. La camisa amarilla y el jubón de paño verde, así como las calzas blancas que vestía, habían sido gentilmente cedidas por el guardarropas de un noble local. Cerraba la marcha un destacamento de soldados de infantería de la milicia del señorío de Clermont. Las capuchas de tela blanca atadas con cintas amarillas que ocultaban las puntas de acero de las picas, señalaban al mundo, y especialmente al señor de Montferrand, que eran tiempos de paz en la comarca.

Y así, como se abrieron las aguas del mar Rojo para dejar pasar a los judíos de Moisés, el gentío abrió paso a los imponente caminantes. Atrás habían quedado los tres carruajes con sus postillones y las mulas asustadas que hacían sonar los cascabeles, como las frustradas tropas del Faraón.

El murmullo de la muchedumbre semejava al rumor sordo del viento levantando hojarasca, y las escasas trifulcas que se generaban por aquí y por allá entre los que pugnaban por acercarse, eran rápidamente sofocadas por los soldados distribuidos estratégicamente entre la multitud. Sin embargo, la ansiedad de los más alejados por ver al Papa tuvo, gracias al trabajo de los carpinteros, un final feliz.

El amplio y sólido podio que se levantaba al pie de las primeras elevaciones del terreno, con la mole de piedra del Puy de Dôme como fondo, podía ser visto desde cualquier punto del descampado.

Una escalera llevaba a lo alto del tablado y el único que trepó por ella fue Urbano *II*. Nada debía opacar su figura.

Vestía un impecable hábito blanco con bordados dorados, y el obispo de Puy, su asesor, le calzó antes de subir una capa roja que le cubría la espalda y

le llegaba hasta los pies. Remataba la cabeza un gorro alargado, como una lengua blanca, terminada en dos puntas, y en la mano derecha apretaba el báculo pastoral. Mientras trepaba las gradas los dignatarios de la Iglesia y el séquito de acompañantes seculares, con sus esposas, se ubicaban en una tarima bastante más baja levantada al costado izquierdo del podio.

El vocerío calló súbitamente cuando el Pontífice levantó sus brazos sin soltar el báculo, simbolizando un abrazo abierto. El silencio de los centenares de almas se hizo imponente. Muchos, impactadas sus fibras más íntimas por la solemnidad del momento y otros agobiados por la emoción, sentían humedecer los ojos y estrujar los corazones de sólo verlo, aún antes de escuchar lo que Su Santidad tenía preparado para ellos.

Urbano suspiró. Todo estaba como debía estar. Lentamente bajó los brazos mientras recorría el mar de cabezas que llegaba hasta los primeros árboles del bosquecillo ribereño y, al norte, hasta la lomada del camino a Montferrand. Apoyó las dos manos en el pomo curvo del báculo y levantó la mirada al cielo. La barba gris le enmarcaba el rostro dándole un severo aire patriarcal.

- ¡Aquí está, Señor, vuestro pueblo, el Pueblo de Cristo... los corderos del verdadero Israel!

El ulular brotó de la multitud como de una sola garganta. Por primera vez, seguramente también la última, escuchaban la voz de un papa, la mismísima voz de Dios, y poco a poco, lentamente, se hizo un silencio más profundo y fervoroso que el de antes.

- ¡Pueblo de Dios! El Concilio ha terminado. Cada uno de los que en él participaron ha cumplido con su sagrado deber y con la voluntad del Altísimo, interpretando cabalmente Sus deseos. Mañana, merced al arduo y paciente trabajo de los siervos de Dios congregados para Su Gloria, la Santa Iglesia Católica será mejor... si ello cabe, para que cada criatura de la Creación pueda verse mejor representada en la Casa del Señor. Pero vosotros no estáis aquí para contemplar la humilde obra de estos clérigos -despachó una mirada a su izquierda-, habéis sido convocados, como Jesús el Cristo convocaba a su rebaño, para que seáis partícipes del acto más noble y excelso al que pueda aspirar cristiano alguno: el del sacrificio por su fe. Y la Providencia quiso que fuera en este lugar de la tierra, donde la Santa Iglesia se convocó en Concilio, que llegara un llamado desesperado para que una vocación irredenta surja como la respuesta que cambiará al mundo para siempre. Y la Providencia, valiéndose de su humilde siervo, éste que ahora veis ante vosotros, dará a conocer a la humanidad el mandato divino. Todos vosotros sin distinción de origen ni de haciendas, de rangos ni de profesiones, escucharéis ahora, por mí, la palabra de Dios. Hago votos para que ella quede

grabada en vuestros oídos y en vuestros corazones, y que la podáis esparcir por todas las comarcas como el torrente de los deshielos baja a los valles. ¡A partir de hoy, por la Gracia del Cielo seréis vosotros mensajeros de Dios...!

La voz de Urbano se levantaba majestuosa, modulando cada palabra lentamente para que llegara a todos los oídos, para que fuera asimilada y comprendida por todos.

- ¡Hermanos en Cristo! La Tierra Santa de Jerusalén, el lugar donde nuestro Señor vivió, murió y resucitó para ascender a los cielos, ha sido profanada. Infieles salidos del infierno se han apoderado de ella y mancillan, con sus pies sucios de barro y estiércol, los Lugares Santos... y la orden celestial ha llegado. ¡Los reyes cristianos deberán dirigir sus armas contra los enemigos de Dios! ¡Deberán liberar a la Tierra Santa y a la ciudad Sagrada, deberán lavar la afrenta a la cristiandad y destruir para siempre el poder de los musulmanes, y a ellos mismos si es necesario, de la faz de la tierra! ¡Los Santos del Cielo os llaman en el nombre de Dios a la guerra Santa!

Un zumbido primero tibio, que fue creciendo con la persistencia de un aguacero, brotó del mar de cabezas y subió hasta lo alto del podio como si se tratara de una inmensa colmena efervescente.

- ¡Sí, Dios lo quiere...! -clamó Urbano-, y también nosotros lo queremos. Y ese será el grito de guerra de nuestros combatientes.

Levantó los brazos con la mirada perdida en un punto lejano.

- Repetid entonces conmigo... ¡Dios lo quiere...! -elevó la voz hasta donde las fuerzas se lo permitieron-. ¡Repetid... corderos, Dios lo quiere!

La multitud presa de un frenesí inenarrable, lloraba, gemía y reía de emoción.

- ¡Dios lo quiere...! -el bramido se levantó como el rugir de las olas del mar de cabezas- ¡Dios lo quiere!

- ¡Que aquellos que antes lucharon en guerras privadas -continuó el Papa cuando el griterío se extinguía-, combatan ahora contra el infiel, que los bandidos salven sus almas haciéndose soldados de Cristo! ¡Que los hermanos de fe que antes combatieron entre sí luchen ahora contra los enemigos de todos... los musulmanes!

El fervor de la multitud era arrollador y Urbano aguardo a que calmara.

- ¡Y yo, papa por la Gracia de Dios -levantó la voz hasta donde la garganta se lo permitía-, garantizo que quien pierda la vida en esta santa empresa ganará el Paraíso y la remisión de todos sus pecados!

Aullidos de esperanza se elevaron del descampado, y hasta los curtidos soldados que momentos antes les habían apaleado sintieron erizar la piel debajo de los petos, y abrazaban a quien tuviesen cerca.